

No. 13 - Marzo - 1956



REVISTA INFANTIL NACIONAL

TOMO III

PENSAMIENTOS DE MARTI

Más bella es la naturaleza cuando la luz del mundo crece con la de la libertad; y va como empañada y turbia, sin el sol elocuente de la tierra redimida, ni el júbilo del campo, ni la salud del aire, allí donde los hombres, al despertar cada mañana, ponen la frente al yugo, lo mismo que los bueyes.

La patria necesita sacrificios. Es ara y no pedestal. Se la sirve, pero no se la toma para servirse de ella.

El egoísmo es la mancha del mundo, y el desinterés su sol.



Revista Infantil Nacional
Publicada por la
FILIAL DE ANDE
Cantón Central de Heredia

Directora:
EVANGELINA GAMBOA

Administración:
GUILLERMO SOLERA R.
DOLLY MUÑOZ ZUÑIGA

San José — Costa Rica

Sumario:

Pensamiento de Martí	1
El burro flautista	2
La guerra de 1856	3
Don Juanito	5
Cirilo el Curtidor	10
Página de los Niños	14
Gloria humilde	16

MARZO 1956

NUMERO 13

Maderas: Francisco Amighetti.

Dibujos a pluma: Juan Manuel Sánchez.

VALE:

₡ 0.20

EL BURRO FLAUTISTA

Cerca de unos prados
que hay en mi lugar
pasaba un borrico
por casualidad.

Una flauta en ellos
halló que un zagal
se dejó olvidada
por casualidad.

Acercóse a olerla
el dicho animal,
y dió un resoplido
por casualidad.

En la flauta el aire
se hubo de colar,
y sonó la flauta
por casualidad.

"¡Oh!, dijo el borrico,
¡qué bien sé tocar!
¿Y dirán que es mala
la música asnal?"

Sin reglas del arte
borriquitos hay
que una vez aciertan
por casualidad.

Tomás de Iriarte

LA GUERRA DE 1856

Este año se celebrará el centenario de la guerra de 1856, en la cual, nuestro pueblo defendió heroicamente su libertad y la libertad de Centro América.

Una horda de filibusteros dirigida por William Walker dominaba en Nicaragua e intentaba extender sus dominios a Costa Rica y a los otros países hermanos.

Llegaron a ese territorio a asegurar el gobierno al partido liberal, y se adueñaron ellos del poder, al obtener William Walker el nombramiento de general en Jefe del Ejército.

Sin embargo, el presidente de Costa Rica, Juan Rafael Mora, estaba vigilante. En proclamas magníficas levantó el patriotismo de su pueblo. Se organizó un ejército con soldados dispuestos a expulsar de la patria centroamericana la falange extranjera. Y el presidente, a quien los costarricenses llamaban don Juanito, acompañó a los soldados en la lucha porque quería compartir con ellos "el peligro y la gloria".

La primera expedición al mando de don Joaquín Mora, encontró al enemigo el 20 de marzo de 1856 en la hacienda Santa Rosa, al norte de Liberia. En este encuentro, los extranjeros huyeron derrotados.

Después de la victoria, don Juan Rafael Mora, con 2500 hombres entró en territorio de Nicaragua y tomó los puertos de San Juan del Sur en el Pacífico y el de la Virgen en el Lago de Nicaragua, ocupando después, la ciudad de Rivas que había sido abandonada por los filibusteros.

En la mañana del 11 de Abril fue sorprendido por el enemigo cuando ya éste se había apoderado de los principales edificios de la ciudad.

Nuestros hombres confundidos en los primeros momentos atacaron después con denuedo y energía; y cuando los filibusteros resguardados en el Mesón de Guerra les disparaban causándoles muchas bajas, el soldado Juan Santamaría tomó una tea y atravesando el campo cruzado por las balas se acercó al mesón y le dió fuego. Con el sacrificio de su vida aseguró la victoria a sus compatriotas.

Después de la batalla de Rivas, don Juan Rafael Mora regresó a la patria y el General Cañas quedó en Nicaragua al cuidado de los soldados que habían sido atacados por el cólera.

Más tarde, también el General Cañas regresó a Costa Rica dejando los enfermos que no pudieron acompañarle en tierra extranjera, en la cual, el enemigo los atendió con benevolencia.

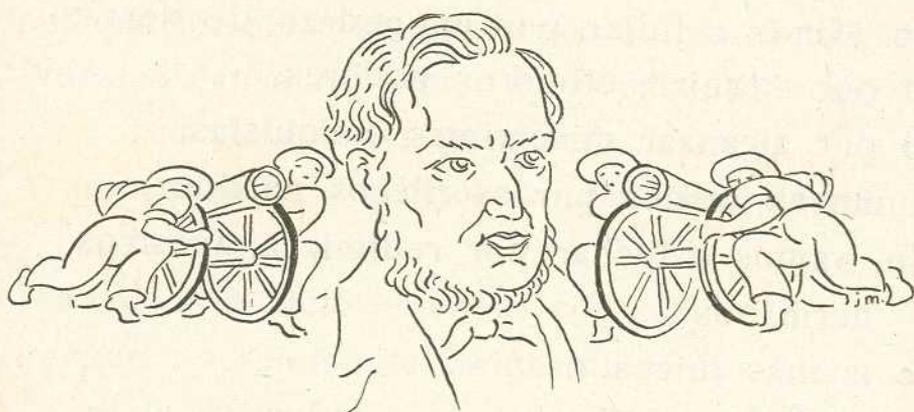
El cólera se extendió hasta nuestro país, y cubrió de duelo a la mayoría de los hogares, pues de una población que se calcula en 112.000 habitantes, murieron 10 000 habitantes.

Pasada la epidemia, y en los últimos meses de 1856, se organizó de nuevo el pueblo de Costa Rica para lograr la victoria definitiva.

Y entonces, los soldados costarricenses tomaron al enemigo fuertes en las riberas del río San Juan, embarcaciones y pertrechos de guerra, y con la ayuda de los otros países de Centro América lograron vencerlo.

William Walker que se encontraba perdido abandonó Nicaragua el 10. de Mayo de 1857, embarcándose en San Juan del Sur en un buque de guerra americano.

Con la partida de Walker se restableció la paz y se aseguró la libertad de los países centroamericanos.



DON JUANITO

Emma Gamboa

Don Juanito fue un niño como vosotros:
contó sus años en los cafetos florecidos
y las nochebuenas de los portales.
Creció alegre y bueno y llegó a ser
hombre de buen hablar, previsor y magnánimo.
Lo hicieron presidente de Costa Rica
hace más de cien años.
Escuchad esta historia
y prendedla en el pecho como una llamarada.

Cuando una horda extraña intentó esclavizar
a Centro América
la voz de Juan Rafael Mora
estremeció los ámbitos
en un clamor sagrado.

“Marchemos a combatir por la libertad de
nuestros hermanos...

No vamos a lidiar por un pedazo de tierra;
no por adquirir efímeros poderes,
no por alcanzar misérrimas conquistas,
ni mucho menos por sacrílegos partidos.
No, vamos a luchar por redimir a nuestros
hermanos

de la más inicua tiranía...

Paz, justicia y libertad para todos.”

Su voz estremecida

penetró el corazón de los hombres
y les encendió en heroísmo la sangre.

Su voz de trompetas

levantó un ejército de soldados invencibles.

Aquellos eran hombres de mansedumbre
que al llamado del padre anunciando el peligro
llenaron su pecho en coraje de fuego.

Su noble voz hizo también un escudo del pecho
de las mujeres.

Así dijo: “A la lid, pues, costarricenses.

Yo marchó al frente del ejército nacional.

Yo, que me regocijo al ver hoy vuestro noble
entusiasmo,

que me enorgullezco al llamaros mis hijos,
quiero compartir siempre con vosotros
el peligro y la gloria.

Vuestras madres, esposas, hermanos e hijos
os animan;

sus patrióticas virtudes os harán invencibles.

Nuestra causa es santa. El triunfo es seguro.

Dios nos dará la victoria.”

Y un ejército de labriegos se levantó de la noche
a la mañana.

Iban con la victoria en el corazón

porque no temían la fatiga, ni el hambre
ni la muerte.

Oigamos a don Juanito relatando la hazaña:

“En veinte días de campaña,

a través de desiertos cuajados de víboras,

de selvas espesísimas,

de pantanos y de ciénegas,

de ríos caudalosos,

nuestros soldados han marchado a paso

de vencedores, apoderándose de la Trinidad,

Castillo Viejo, fuerte de San Carlos,

de los vapores y otras embarcaciones,

diez cañones, tres obuses, revólveres,

pertrechos de guerra,

y de más de cien enemigos que hemos puesto
en generosa libertad.

Sobre el río de San Juan y el Gran Lago
no iluminan los rayos del sol otra bandera
que la nuestra...

Todo se ha conquistado sin un solo tiro
sin una gota de sangre,
a fuerza de intrepidez y de sorpresa.

¿Y con qué contábamos?

Troncos apenas escarbados o mal unidos bejucos
han sido nuestra flota

para ir a tomar los vapores y fuertes enemigos:
fusiles enmohecidos que apenas podían dar fuego,
nuestras únicas armas;

escasez de víveres y de todo en el primer
momento;

pero había el coraje, la abnegación,
el patriotismo,

la unión costarricense,

la resolución de vencer o morir.

Y la Providencia ha bendecido a nuestros soldados
llevándolos de victoria en victoria."

Aquellos guerreros son de estirpe heroica.

Juan Santamaría avanza con la tea de libertad
sabiendo que va a caer herido de muerte.

Don Juanito alienta el corazón de los soldados
y conduce una gesta de héroes.

Dos veces logra levantar el ejército.

La segunda, cuando la enfermedad y la pobreza han azotado al pueblo.

Todas las banderas se levantan sobre el duelo cuando la patria gime otra vez en peligro.

Y en la hora del triunfo el triunfador perdona a los vencidos.

Oigamos su voz:

“Ya no hay filibusteros en Centro América.

Los centenares que existen, inermes y rendidos, están bajo el sagrado techo de nuestra protección y clemencia.”

Más tarde don Juanito cae por bala de hermanos en su propia tierra.

El recibe, sereno, la sentencia.

Pero no ha muerto don Juanito.

El vivirá mientras aliente el espíritu de la libertad.

Padre de hombres libres,

tus hijos escuchan de pie tu voz de trompetas.





CIRILO EL CURTIDOR

En la gloriosa ciudad de Kiev —y de esto hace más años que pelos tienes en la cabeza—, el príncipe Vladimiro reinaba, y era llamado el "hermanito del sol" por su corazón de oro. Tenía una hija tan hermosa y buena, que aquel sobre quien recaía su mirada la apreciaba más que si hubiese recibido un rublo de plata. Los años pasaban rápidamente, uno tras otro, hasta que la mala suerte cayó sobre el príncipe Vladimiro y la ciudad de Kiev. Desde una caverna profunda, situada en la falda de un monte, más allá de las murallas de la ciudad, venía un dragón devorador hasta los caminos reales. Echaba por las narices negras columnas de humo, por los ojos veneno, y de su boca salían lenguas llameantes. Desplegaba todo su cuerpo ante la puerta de la ciudad; así nadie, ni a pie ni a caballo, podía entrar ni salir de ella. Desde allí pedía a voces la carne de una doncella para saciar su hambre.

Las lamentaciones del pueblo se elevaban hacia el cielo, y los caballeros que atendían al príncipe Vladimiro, poníanse sus armaduras y ba-

tallaban contra el monstruo. Mas ninguno alcanzaba la victoria, y la tierra estaba sembrada con los cadáveres de las víctimas.

Al fin echaron a suertes entre las doncellas. Se dirigió la designada a la puerta de la ciudad y el dragón se la llevó a su caverna. Entonces pudo encontrar el pueblo de Kiev alguna paz, aunque el terror reinase en los corazones. Después de cierto tiempo salió de nuevo el dragón de su caverna clamando por el cuerpo de otra doncella para saciar su hambre.

Nuevamente fue sacrificada una joven. Y, bien recayera la suerte sobre un aldeano o un noble, sobre un soldado o sobre un mercader, cualquiera que fuese tenía que dejar a su hija entre las mandíbulas del dragón. Eran muchas las doncellas que éste llevaba, pero ninguna volvía. Todo el pueblo de Kiev estaba unido en una amarga fraternidad de pena.

Sucedió una vez que la suerte recayó sobre el palacio del príncipe Vladimiro. Objetó éste. "No sufriré que tú te marches, hija mía. Yo mismo lucharé con el dragón y le mataré o pereceré". Protestó la doncella: "No, padrecito mío; esto no puede ser. La suerte debe aceptarse. Ten ánimo. ¿Quién sabe si el monstruo tendrá compasión de mí y me perdonará la vida?"

Con esto, despidiéndose del príncipe Vladimiro, se encaminó sola a las puertas de la ciudad, donde el dragón esperaba. Pero no podía remediarlo: corrían las lágrimas por sus mejillas. Y el rumor de las lamentaciones se elevaba desde las calles y los muros de la ciudad. El príncipe Vladimiro la seguía de lejos, trastornado por la pena. El dragón, sin atender a nada, cogió a la doncella y la llevó a su impura caverna, situada en la falda de un monte.

Cuando miró a su víctima se apercibió de que su belleza era tal, que no podía ser soñada ni retratada, sino descrita en un cuento, y sintió ablandarse su fiereza por el amor que le inspiraba. Abrazándola, le dijo: "Eres demasiado hermosa para perecer, palomita mía. Vivirás conmigo y cuidarás de mi casa. Tú te ocuparás de saciar mi hambre, de apagar mi sed y de reconfortarme cuando esté triste. Traeré para ti de las entrañas de los montes las más brillantes joyas y los vestidos más suaves que encuentre en Oriente. Te guardaré como si fueras mis propios ojos."

Todas las mañanas, antes de salir a devastar la comarca, arrancaba el dragón árboles gigantes de la tierra y arrastraba grandes rocas de las faldas de los montes, para ponerlas delante de la boca del antro, a fin de que hicieran de centinelas. Cuando volvía al caer de la tarde, las quitaba,

entraba y comía las viandas que la princesa preparaba. Luego se dormía a sus pies.

Un día que la princesa meditaba acerca de la brillante ciudad de Kiev y del palacio del príncipe Vladimiro, oyó un ruido parecido a un aullido de un animal, y vió luego deslizarse, por entre los intersticios de las ramas y de las rocas que sellaban la entrada de la caverna, su fiel perrito. Cuando éste vió el rostro de su ama, saltó sobre ella, ladrando sin cesar y sin poder calmar su agitación. La princesa, apretándolo contra su pecho, regó su cabeza con sus lágrimas. Mas después de un rato reflexionó, y cogiendo una ramita, escribió sobre la blanca corteza de un abedul. Arrancó un cabello de oro de su cabeza, y con él ató la rama del trozo de abedul, al cuello del perrito. Señalándole el camino del palacio del príncipe Vladimiro, murmuró a sus oídos: "Sé tú mi correo, amigo querido, para llevar estas noticias al príncipe, mi padre, y calmar su corazón, que parece de pena. Tráeme, en compensación, una palabra de consuelo, para llenar estos sombríos momentos del cautiverio". El perrito, sin cesar de ladrar, salió de la caverna y corrió al palacio del príncipe Vladimiro. Viendo éste el fragmento de abedul atado con el cabello de su hija, se acercó y leyó las siguientes palabras:

"Querido padrecito mío: Disfruto de vida y de salud pero el dragón me tiene cautiva. Ha puesto a mis pies joyas cogidas de las entrañas de los montes y tesoros sacados de la profundidad de los mares. Pero vivir con un dragón es vivir con pena. Dios te guarde en su santa compañía". El príncipe lloró de alegría, pensando en que su hija vivía, y luego, de tristeza, ante la idea de que el dragón la tenía prisionera. Volvió a atar otra carta al cuello del perro, en la cual decía: "Ten valor, mi hija querida, y con la ayuda de Dios te libertaré".

El perrito volvió a la caverna y se deslizó de nuevo entre las ramas y las rocas que sellaban la boca del cubil. Cuando la princesa leyó las palabras escritas por su padre, su espíritu se tranquilizó. Así, cada día, el fiel perrito iba y venía haciendo de correo entre el palacio y la caverna, y el príncipe meditaba sobre la triste suerte de su hija y suspiraba pensando en cómo podría libertarla del dragón. Cuando hubieron pasado muchos días de profunda meditación, escribió de nuevo a la princesa, diciéndole: "Debes intentar conseguir del dragón, con tu malicia de mujer, el nombre de aquel cuya fuerza pueda prevalecer sobre la suya".

Cuando volvió el dragón, al anochecer, la princesa colocó ante él ricas viandas y vinos dulces. Después de que el dragón hubo comido y bebido, tocó su arpa de oro para distraerle, hasta que dejara caer su cabeza sobre sus rodillas y se encontrara satisfecho. Entonces, sonriéndole dulcemente y acariciándole con sus blancas manos, le dijo: "Eres de corazón indomable, amigo mío, y son tales tus fuerza y tu tesón, que nadie puede igualarse a ti. Sin embargo, vives en peligro constante, por tus muchos enemigos, y mi corazón teme que algún mal recaiga sobre ti. Si tu fueras muerto, ¡qué suerte tan cruel sería la mía!". El dragón, escuchándola, sonrió con maldad, y contestó: "No temas, palomita mía; no existe brazo tan fuerte que pueda oprimirme, ni espada tan aguda que pueda atravesarme. Todas esas son fantasías, muy a propósito para cuentos de viejas".

"En verdad, mi señor, no sé lo que será, pero sé que siento un peso sobre mi alma, que me roba la paz. Decidme, os lo ruego, ¿no hay hombre en el mundo que pueda igualaros y oponer a vuestro brazo el suyo y a vuestra fuerza su fuerza?"

La frente del dragón se oscureció al oír a la princesa, y le contestó gritando: "¿Qué te importan esas cosas? Si así te place, pregúntame hasta que llegue la aurora. Nada sabrás de mí".

"No haces bien en dirigirme reproches, querido mío, ni tampoco debes ocultarme tus secretos pensamientos. Te ruego que me hables y me descargues de mi pesar. ¿No hay en el mundo entero un hombre que pueda provocarte?" Y al decir esto, cogía el pescuezo del monstruo entre sus blancos brazos y le suplicaba con tanta dulzura, que éste sintió que su fuerza le abandonaba, y hubo de ceder al deseo de la princesa.

"En todo el mundo sólo hay un hombre que pueda considerarse mi igual —dijo—. Su fuerza es la de diez hombres, pues le ilumina la luz del Señor. Sin embargo, no tengo nada que temer de él, porque es un hombre sencillo y no conoce el poder de su brazo derecho. Mas si alguna vez cogiese yo a su hija, entonces pudiera ocurrir que conociera su fuerza y me devolviera el mal por el mal. Vive dentro de los muros de la ciudad de Kiev, y su nombre es Cirilo, el curtidor de pieles. Ahora, basta ya de todo eso. Hoy he corrido desde los picos coronados de nieve al Norte, hasta los hermosos valles de Arabia. He contemplado extraños paisajes, he trabajado extraordinariamente y estoy rendido de cansancio. Toca tu arpa de oro. ¡Quiero dormir!"

LA LEONA Y SUS DOS HIJOS

Había una vez una leona que tenía dos leoncitos y cuando estuvieron grandes les dijo:

—Nosotros tenemos un enemigo, no debemos oponernos a él.

Pero el leoncito le respondió:

—Mamá, yo me voy a buscar a ese enemigo, y es que me voy, ¡adiós!

—¡Que te vaya bien!

Y se marchó. Al rato de andar sobre el camino, se encontró con tía zorra y ésta le preguntó:

—¿A quién buscáis?

—Al enemigo más grande que tenemos. ¿Quién será?

Ven conmigo, —le contestó la zorra— y te lo enseñaré. Se marcharon.

Al rato de andar se toparon con un viejito y él le preguntó si ese era el enemigo y ella le contestó: — Ese no es. Y se escondieron para mientras pasaba el anciano.

Así que pasó siguieron la marcha y llegaron a un patio donde había un árbol de papaturro y ahí, le dijo la zorra:

—Espérame aquí, voy a robarme una gallina.

—¡Ah! bueno,-le contestó y se subió al árbol.

Cuando cogió la gallina salió el enemigo y la zorra le dijo al leoncito:

—Alístate, que allá viene el enemigo.

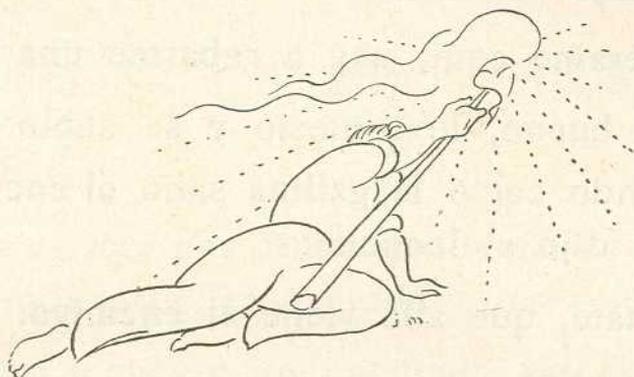
El leoncito se escondió detrás del árbol.

Cuando el enemigo hubo llegado al tronco del árbol se le tiró encima, y el hombre estuvo listo con el rifle, y mandándole el primer tiro no lo tocó, le dejó ir el otro y tampoco le hizo nada. Entonces sacó la espada y haciéndole una herida en las costillas lo hizo salir corriendo hacia donde la mamá. Cuando hubo llegado donde su madre, le dijo:

—Madre, me encontré con el enemigo y me mandó dos soplonos y luego sacó una cosa de la cintura y me hizo esta herida.

Y la mamá le dijo:

—¿Y por qué te pasó eso? Te pasó por desobediente.



GLORIA HUMILDE

Cuando quemó el Mesón Santamaría,
 perforado cayendo por las balas,
 del feroz enemigo, y expirante,
 a su madre, humildísima y anciana,
 envió, lleno de amor, su último beso.
 Abrigaba en su pecho la confianza
 de que, atendiendo su postrer encargo,
 cumpliéndose a la vez santa palabra,
 su viejecita el pan recibiría,
 como una deuda que el honor reclama,
 y no pensó, al morir, en el renombre,
 sino en su Patria y en su Madre amadas.
 Con parsimonia odiosa fue cumplida
 la promesa formal de la hora trágica;
 mas cual tributo a su memoria excelsa,
 al bravo Erizo se erigió una estatua
 y en la conciencia nacional perdura
 la gloria humilde de su heroica hazaña!

J. M. Alfaro Cooper.